



La libertad cultural en el mundo diverso de hoy

¿De qué manera se satisfarán las demandas de chiitas y kurdos respecto de una representación justa en la nueva constitución iraquí? ¿Cuáles –y cuántas– de las lenguas que se hablan en Afganistán debería reconocer la nueva constitución como el idioma oficial del Estado? ¿Cómo enfrentará el tribunal federal nigeriano la ley Sharia (musulmana) que dispone castigar el adulterio con la muerte? ¿Aprobará la legislatura francesa la propuesta de prohibir el velo y otros símbolos religiosos en las escuelas públicas? ¿Se resisten los hispanos de Estados Unidos a ser asimilados por la cultura estadounidense predominante? ¿Se llegará a un acuerdo de paz para terminar con los enfrentamientos de Costa de Marfil? ¿Finalizarán alguna vez las conversaciones de paz para dar por terminado el conflicto tamil-cingalés en Sri Lanka? Estos son sólo algunos titulares de los últimos meses. Hacerle frente a la diversidad cultural es uno de los principales desafíos de nuestro tiempo.

Estas opciones, que tienen que ver con el reconocimiento y la acogida de diversas etnias, religiones, idiomas y valores y fueron, por mucho tiempo, consideradas amenazas para la armonía social, constituyen un elemento ineludible del panorama político del siglo XXI. Los líderes y teóricos políticos de todas las tendencias se han opuesto al reconocimiento explícito de las identidades culturales sean éstas en función de la etnia, la religión, la lengua y la raza y el resultado más frecuente de tal postura ha sido la represión de estas identidades, a veces mediante el brutal recurso a políticas de Estado de persecución religiosa y limpieza étnica, pero también por medio de la exclusión cotidiana y la discriminación económica, social y política.

La novedad, hoy, es el surgimiento de la política de la identidad. En contextos muy diferentes y de modos también diversos –desde los pueblos indígenas de América Latina, las minorías religiosas de Asia Meridional, las minorías étnicas de los Balcanes y África, hasta los inmigrantes en Europa Occidental– la gente vuelve a movilizarse en torno a antiguos resentimientos de carácter étnico, religioso, racial y cultural y exige el reconocimiento, la valoración y la acogida de su identidad por parte de la sociedad en su conjunto. Como víctimas de la discriminación y la marginalización de oportunidades sociales, económicas y políticas, estas personas también exigen justicia social. Otra

novedad de estos tiempos es la aparición de movimientos coercitivos que amenazan la libertad cultural. En esta era de la globalización, también ha surgido, entre los individuos, las comunidades y los países que perciben el desplazamiento de su cultura local, una nueva clase de exigencia y demanda política: la conservación de la diversidad en un mundo globalizado.

¿Por qué surgen estos movimientos en la actualidad? No se trata de fenómenos aislados, sino más bien forman parte de un proceso histórico de cambio social, de lucha por la libertad cultural, del logro de nuevas fronteras en el avance de las libertades humanas y de la democracia. Su aparición está impulsada y determinada tanto por la expansión de la democracia, gracias a la cual los movimientos cuentan con más espacio político para protestar, como por el avance de la globalización, que crea nuevas redes de alianzas y, a la vez, presenta nuevos desafíos.

La libertad cultural constituye una parte fundamental del desarrollo humano puesto que, para vivir una vida plena, es importante poder elegir la identidad propia –lo que uno es– sin perder el respeto por los demás o verse excluido de otras alternativas. Es necesario que la gente cuente con la libertad para practicar su religión en forma abierta, para hablar su lengua, para honrar su legado étnico o religioso sin temor al ridículo, al castigo o a la restricción de oportunidades. Es necesario que la gente cuente con la libertad de participar en la sociedad sin tener que desprenderse de los vínculos culturales que ha escogido. Se trata de una idea simple pero profundamente desconcertante.

Responder a estas demandas es un desafío urgente para los estados, pues de manejarse bien, el mayor reconocimiento de las identidades traerá consigo una mayor diversidad cultural en la sociedad, lo que enriquecerá la vida de la gente. Así también un gran riesgo.

De no abordar las luchas por la identidad cultural o abordarlas en forma inadecuada, podrían transformarse rápidamente en una de las fuentes más importantes de inestabilidad al interior de los estados y entre ellos, lo que podría, a su vez, desencadenar un conflicto cuya consecuencia sea el retroceso del desarrollo. La política de la identidad que polariza a los pueblos y los grupos está marcando una fuerte división entre “nosotros” y “ellos”. La creciente desconfianza

La libertad cultural constituye una parte fundamental del desarrollo humano

En este Informe se exponen argumentos que propician el respeto por la diversidad y la creación de sociedades más incluyentes mediante la adopción de políticas que reconozcan en forma explícita las diferencias culturales, es decir, políticas multiculturales

y el odio amenazan la paz, el desarrollo y la libertad de las personas. A continuación, sólo algunos ejemplos del año pasado: la violencia étnica que destruyó cientos de hogares y mezquitas en Kosovo y Serbia; la bomba activada por terroristas en un tren de España que cobró la vida de casi 200 personas; el asesinato de miles de musulmanes y la expulsión de otros tantos debido a la violencia sectaria en Gujarat y en otras regiones de la India, un país que se caracteriza por dar cabida a distintas expresiones culturales; y la ola de crímenes motivados por el odio contra inmigrantes de Noruega que hizo añicos la confianza que los habitantes de este país tenían en su compromiso inquebrantable con la tolerancia.

Los conflictos relacionados con la identidad también pueden originar políticas represivas y xenófobas que retardan el desarrollo humano y pueden fomentar un regreso al conservatismo y un rechazo al cambio, impidiendo con ello la afluencia de ideas y personas que traen valores cosmopolitas así como los conocimientos y las aptitudes que posibilitan el desarrollo.

El desafío de hacerse cargo de la diversidad y respetar las identidades culturales no es sólo de algunos “estados multiétnicos” pues casi ningún país es completamente homogéneo. Los aproximadamente 200 países que hay en el mundo son hoy el hogar de 5.000 grupos étnicos y dos tercios de estos países cuentan con al menos una minoría significativa: un grupo étnico o religioso que constituye al menos el 10% de la población.

Al mismo tiempo, el ritmo de la migración internacional se ha acelerado, lo que, en algunos países y ciudades, ha causado efectos sorprendentes. Por ejemplo, casi la mitad de los habitantes de Toronto nacieron fuera de Canadá. Además, en comparación con los inmigrantes del siglo pasado, hoy son muchas más las personas nacidas en el extranjero que mantienen estrechos vínculos con sus países de origen. De una u otra forma, hoy todos los países son sociedades multiculturales compuestas por grupos que se identifican según su etnia, religión o lengua unidos por lazos con su propia historia cultural, valores y modo de vida.

La diversidad cultural ha llegado para quedarse, y crecer. Los estados deben encontrar formas de forjar la unidad nacional en medio de esta diversidad. El mundo, nunca antes tan interdependiente en el aspecto económico, no podrá funcionar si la gente no respeta la diversidad ni establece la unidad por medio de los lazos que comparten como seres humanos. En esta era de globalización, ni la comunidad internacional ni ningún Estado puede ignorar las demandas que se hacen en pos del reconocimiento cultural. Por otra parte, es probable que las confrontaciones con respecto a la cultura y la identidad vayan en aumento; la facilidad para comunicarse y los viajes han achicado el

mundo y cambiado el panorama de la diversidad cultural; asimismo, la diseminación de la democracia, los derechos humanos y las nuevas redes globales han proporcionado mayores medios para movilizarse en torno a una causa, insistir en una respuesta y obtenerla.

El derrumbe de cinco mitos. Las políticas que reconocen las identidades culturales y favorecen la diversidad no originan fragmentación, conflictos, prácticas autoritarias ni reducen el ritmo del desarrollo. Tales políticas son viables y necesarias, puesto que lo que suele provocar tensiones es la eliminación de los grupos que se identifican culturalmente.

En este Informe se exponen argumentos que propician el respeto por la diversidad y la creación de sociedades más incluyentes mediante la adopción de políticas que reconozcan en forma explícita las diferencias culturales, es decir, políticas multiculturales. ¿Pero por qué se han eliminado o ignorado por tanto tiempo muchas de las identidades culturales del mundo? Un motivo es que muchos consideran que permitir el desarrollo de la diversidad puede ser beneficioso en teoría, pero en la práctica podría debilitar el Estado, causar conflictos y retardar el desarrollo. Según esta perspectiva, la mejor manera de aproximarse a la diversidad es a través de la asimilación en torno a un estándar nacional único que pueda conducir a la eliminación de las identidades culturales. Sin embargo, en este Informe se sostiene que éstas no son premisas, sino mitos y que adoptar un enfoque multicultural no sólo es conveniente, sino también viable y necesario. Sin tal enfoque, los problemas que el imaginario le adscribe a la diversidad pueden transformarse en profecías autocumplidas.

Mito 1. Las identidades étnicas de una persona compiten con su compromiso con el Estado, de modo que existe una disyuntiva entre el reconocimiento de la diversidad y la unificación del Estado.

No es así. Las personas pueden y de hecho tienen múltiples identidades complementarias: etnia, lengua, religión y raza, al igual que ciudadanía. La identidad tampoco es una dinámica excluyente, pues no es necesario elegir entre la unidad del Estado y el reconocimiento de las diferencias culturales.

Para los individuos es importante tener sentido de identidad y pertenencia a un grupo en que se com-

partan valores y otros vínculos culturales. Pero cada individuo se puede identificar con varios grupos distintos. Las personas poseen una identidad de ciudadanía (por ejemplo, ser francés), género (ser mujer), raza (ser originario de África Occidental), lengua (hablar con fluidez tailandés, chino e inglés), política (tener tendencias de izquierda) y religión (ser budista).

La identidad también tiene una dimensión opcional: dentro de estas agrupaciones, los individuos pueden elegir qué prioridad asignarle a una con respecto a otra dependiendo de los cambios en las circunstancias. Por ejemplo, es posible que los estadounidenses de origen mexicano alienten al equipo de fútbol mexicano, pero presten servicio en el Ejército de Estados Unidos; asimismo muchos sudafricanos blancos decidieron luchar contra el apartheid. Según los sociólogos, los límites de la identidad de las personas separan el “nosotros” del “ellos”, pero estos límites son móviles y pueden desaparecer para incorporar a grupos más amplios de personas.

La “formación de la nación” ha sido un objetivo crucial del siglo XX, y la mayor parte de los estados han intentado crear naciones culturalmente homogéneas con identidades singulares. A veces lo han logrado, aunque a costa de la represión y la persecución. Si algo demostró la historia del siglo XX es que el intento de exterminar a los grupos culturales o el deseo de eliminarlos provoca una pertinaz resistencia. En cambio, reconocer que existen diferentes identidades culturales ha resuelto tensiones que parecían interminables. En consecuencia, por motivos prácticos y morales, es mucho mejor dar cabida a los grupos culturales que tratar de eliminarlos o pretender que no existen.

Los países no están obligados a elegir entre unidad nacional y diversidad cultural. Los estudios indican que ambas pueden coexistir y, de hecho, con frecuencia así lo hacen. En una encuesta aplicada a los ciudadanos belgas, éstos respondieron en forma abrumadora que se sentían tanto belgas como flamencos o valones; de la misma manera, los ciudadanos de España respondieron que se sentían tanto españoles como catalanes o vascos.

Estos países y otros se han esforzado por acoger diversas culturas. También se han esforzado por crear la unidad, fomentando el respeto por las identidades y la confianza en las instituciones del Estado. Los estados se han mantenido unidos. Los inmigrantes no necesitan abandonar el compromiso con sus respectivas familias en sus países de origen cuando establecen lealtades con sus nuevos países. Los temores de que al no “asimilarse” al país de acogida, los inmigrantes podrían fragmentar el país no tienen fundamento. La asimilación sin acceso a

otras alternativas ya no es un modelo de integración viable ni tampoco necesario.

Diversidad y unidad del Estado no constituyen una disyuntiva. Una forma de crear estados diversos y unificados es a través de las políticas multiculturales.

Mito 2. Los grupos étnicos tienden a entrar en conflictos violentos entre sí por choques de valores, de modo que se produce una disyuntiva entre respetar la diversidad y mantener la paz

No es así. Existe escasa información empírica que indique que las diferencias culturales y los choques en torno a valores constituyan en sí una causa de conflictos violentos.

Si bien es cierto que los conflictos violentos que han estallado, particularmente desde el final de la Guerra Fría, no han sido tanto entre estados sino entre los grupos étnicos que viven en ellos, las recientes investigaciones de los estudiosos sobre las causas de este fenómeno coinciden ampliamente en que las diferencias culturales en sí no constituyen el factor principal. Algunos incluso sostienen que la diversidad cultural reduce el riesgo de conflicto en la medida en que dificulta la movilización de los grupos afectados.

Los estudios proporcionan varias explicaciones para estas guerras: desigualdades económicas entre los grupos, así como las luchas por el poder político, la tierra y otros activos económicos. Por ejemplo, en Fiji los indígenas fijianos iniciaron un golpe de estado contra el gobierno controlado por la India porque temían confiscaciones de tierras y en Sri Lanka, la mayoría cingalesa obtuvo el poder político, pero la minoría tamil tenía acceso a más recursos económicos, lo que desencadenó décadas de conflicto civil. Por otra parte, en Burundi y Rwanda, en diferentes momentos, los tutsi y los hutu fueron víctimas de exclusión en términos de oportunidades económicas y participación política.

La identidad cultural efectivamente desempeña un papel en estos conflictos, pero no en cuanto causa, sino como elemento impulsor de la movilización política. Los dirigentes invocan una identidad única, sus símbolos y su historia de resentimientos para “reunir a las tropas”. Ahora, la falta de reconocimiento cultural también puede desencadenar movilizaciones violentas, como en el caso de Sudáfrica, donde si bien es cierto la causa de fondo de los disturbios de Soweto en 1976 fue la desigualdad, su desencadenamiento se debió a los intentos por imponer el afrikaans en las escuelas negras.

Aunque la coexistencia de grupos culturalmente distintos no constituye en sí una causa del estallido

Para los individuos es importante tener sentido de identidad y pertenencia a un grupo en que se compartan valores y otros vínculos culturales. Pero cada individuo se puede identificar con varios grupos distintos

La libertad cultural es que la gente pueda vivir y ser aquello que escoge

de conflictos violentos, resulta peligroso permitir que entre ellos se profundicen las desigualdades económicas y políticas o que se eliminen las diferencias culturales, porque es muy fácil movilizar a los grupos culturales para protestar contra estas disparidades arguyendo su injusticia.

No existe una disyuntiva entre la paz y el respeto de la diversidad, pero se debe manejar la política de la identidad para impedir que ésta conduzca a la violencia.

Mito 3. La libertad cultural exige defender las prácticas tradicionales, de modo que podría haber una disyuntiva entre reconocer la diversidad cultural y otras prioridades del desarrollo humano, como el progreso en el desarrollo, la democracia y los derechos humanos.

No es así. La libertad cultural consiste en ampliar las opciones individuales y no en preservar valores ni prácticas como un fin en sí con una lealtad ciega hacia las tradiciones.

La cultura no es un conjunto estático de valores y prácticas. Se recrea constantemente en la medida en que las personas cuestionan, adaptan y redefinen sus valores y prácticas ante el cambio de la realidad y el intercambio de ideas.

Algunos sostienen que el multiculturalismo como política apunta a conservar culturas, e incluso prácticas, que violan los derechos humanos y que la gestión de los movimientos que propician el reconocimiento cultural no es democrática. Pero no se debe confundir la libertad cultural ni el respeto por la diversidad con la defensa de la tradición. La libertad cultural es que la gente pueda vivir y ser aquello que escoge y contar además con la posibilidad adecuada de optar también por otras alternativas.

“Cultura”, “tradición” y “autenticidad” no son sinónimos de “libertad cultural”. No existen razones aceptables que permitan prácticas que nieguen a los individuos la igualdad de oportunidades y violen sus derechos humanos, como negar a las mujeres el mismo derecho a la educación.

Es posible que los grupos de intereses dirigidos por personas que se erigen como líderes no representen las posiciones de los miembros en general. En efecto, es frecuente que los grupos estén dominados por personas con cierto interés en mantener el status quo sobre la base del argumento de la “tradición”, quienes pueden terminar actuando como guardianes del tradicionalismo para inmovilizar sus culturas. Aquellos que plantean demandas de acogida cultural también deberían guiarse por los principios democráticos y los objetivos de libertad personal y derechos humanos. Un buen modelo lo constituye el

pueblo sami de Finlandia, el cual, organizado en un parlamento con estructuras y procedimientos democráticos, disfruta de autonomía aunque forma parte del estado finlandés.

No existe una disyuntiva ineludible entre el respeto por la diferencia cultural y los derechos humanos y el desarrollo. Pero el proceso de desarrollo debe incluir la participación activa del pueblo en la lucha por los derechos humanos así como cambios en los valores.

Mito 4. Los países étnicamente diversos son menos capaces de desarrollarse, de modo que existe una disyuntiva entre el respeto de la diversidad y la promoción del desarrollo.

No es así. No existen indicios de una relación clara, positiva o negativa, entre la diversidad cultural y el desarrollo.

Pese a ello, algunos sostienen que la diversidad ha representado un obstáculo para el desarrollo. Pero, aunque no se puede negar que muchas sociedades diversas exhiben bajos niveles de ingreso y de desarrollo humano, no existen pruebas de que esto se relacione con la diversidad cultural. Un estudio sostiene que la diversidad sería responsable en parte de los deficientes resultados económicos de África, pero en realidad estos resultados se deben a decisiones políticas que favorecen más ciertos intereses étnicos en desmedro de los nacionales y no a la diversidad en sí. Así como algunos países multiétnicos se han estancado, otros realmente han prosperado. Por ejemplo Malasia, donde el 62% de la población es malaya o de otro origen indígena, el 30% chino y el 8% indio, ocupó el décimo lugar en términos de crecimiento económico mundial entre los años 1970 y 1990, período durante el cual también implementó políticas de discriminación positiva; luego está también Mauricio, un país con una población diversa de origen africano, indio, chino y europeo y donde el 50% es hindú, el 30% cristiano y el 17% musulmán, que ocupa el lugar 64 del Índice de Desarrollo Humano, el más alto de los países de África Subsahariana.

Mito 5. Algunas culturas tienen más posibilidades de avanzar en materia de desarrollo que otras y algunas culturas tienen valores democráticos inherentes, mientras que otras no, de modo que existe una disyuntiva entre acoger ciertas culturas y promover el desarrollo y la democracia

Nuevamente una falacia. No existen pruebas provenientes de análisis estadísticos o estudios históricos que indiquen una relación causal entre cultura y progreso económico o democracia.

El determinismo cultural –la idea de que la cultura de un grupo explica los resultados económicos y el avance de la democracia– como obstáculo o facilitador resulta sumamente atractivo desde la perspectiva del lego. Pero ni el análisis econométrico ni la historia respaldan estas teorías.

Se han propuesto muchas teorías de determinismo cultural, comenzando por la interpretación que realizó Max Weber de la ética protestante como factor clave tras el crecimiento exitoso de las economías capitalistas. Bastante convincentes en su explicación del pasado, estas teorías han errado una y otra vez en su predicción del futuro. Cuando se promovía la teoría de Weber en cuanto a la ética protestante, los países católicos (Francia e Italia) crecían más rápido que las protestantes Gran Bretaña y Alemania, de modo que la teoría se amplió más allá de los límites del protestantismo bajo el epíteto de cristiano u occidental. Cuando Japón, la República de Corea, Tailandia y otros países de Asia Oriental alcanzaron tasas de crecimiento récord, se tuvo que desechar la noción de que los valores confucianos retardaban el crecimiento.

Comprender las tradiciones culturales puede arrojar luz sobre el comportamiento humano y la dinámica social que influyen en los resultados del desarrollo. Pero estos conocimientos no ofrecen una teoría global de la cultura y el desarrollo. Por ejemplo, al explicar las tasas de crecimiento económico, se concluye que la política económica, la geografía y la carga de enfermedades constituyen importantes elementos de juicio. Sin embargo, se observa que la cultura, es decir, si una sociedad es hindú o musulmana, es insignificante.

Lo mismo es válido con respecto a la democracia. Una nueva ola de determinismo cultural está comenzando a predominar en algunos debates sobre políticas públicas, el cual atribuye los fracasos de la democratización en el mundo no occidental a rasgos culturales inherentes como la intolerancia y los “valores autoritarios”. A nivel global, algunos teóricos han sostenido que durante el siglo XXI se presenciara un “choque de civilizaciones” y que el futuro de los estados occidentales democráticos y tolerantes se ve amenazado por los estados no occidentales con valores más autoritarios. Existen motivos para mantenerse escéptico al respecto. Por una parte, la teoría exagera las diferencias entre lo que se considera una y otra “civilización”, a la vez que ignora las similitudes entre ellas.

Por otra parte, Occidente no detenta el monopolio de la democracia o la tolerancia y no existe una línea divisoria histórica única entre un Occidente tolerante y democrático y un Oriente despótico. El pensamiento de Platón y de Agustín no fue menos autoritario que el de Confucio y el de Kautilya. No sólo en Europa hubo defensores de la democracia sino también en otras partes del mundo. Por ejemplo, Akbar, que predicó

la tolerancia religiosa en la India del siglo XVI, o el Príncipe Shotoku, quien en el Japón del siglo VII implantó la constitución (*kempo*) que insistía en que “las decisiones sobre materias importantes no deben ser tomadas por una sola persona, sino tratadas por varias”. En África y otras regiones, las nociones de toma de decisiones participativa sobre temas públicos importantes han formado parte fundamental de muchas tradiciones. Y las conclusiones más recientes del Estudio Mundial de Valores indican que las personas de los países musulmanes apoyan los valores democráticos tanto como aquellas de los países no musulmanes.

Un problema básico de estas teorías es el supuesto implícito de que la cultura es en gran medida fija e invariable, lo que permite que el mundo se divida perfectamente en “civilizaciones” o “culturas”. Esto ignora el hecho de que aunque existe una gran continuidad en los valores y tradiciones de las sociedades, las culturas también cambian y rara vez son homogéneas. Casi todas las sociedades han sufrido cambios en los valores: por ejemplo, cambios en los valores con respecto al papel de la mujer y la igualdad de género durante el siglo pasado. Además, en todas partes se han producido cambios radicales en las prácticas sociales, tanto entre los católicos de Chile como entre los musulmanes de Bangladesh y los budistas de Tailandia. Tales cambios y tensiones dentro de las sociedades impulsan el cambio político e histórico, de modo que la forma en que las relaciones de poder afectan esa dinámica es hoy materia primordial de la investigación antropológica. Paradójicamente, justo en el momento en que los antropólogos descartan el concepto de cultura como fenómeno social claramente delimitado y fijo, surge un creciente interés desde la política convencional por descubrir los valores y rasgos esenciales de un “pueblo y su cultura”.

Las teorías del determinismo cultural merecen una evaluación crítica, puesto que sus implicancias en materia de políticas son peligrosas. Pueden incitar apoyo a políticas nacionalistas que denigran u oprimen a culturas consideradas “inferiores” y un obstáculo para la unidad nacional, la democracia y el desarrollo. Tales ataques a los valores culturales luego podrían fomentar reacciones violentas que, a su vez, podrían alimentar tensiones tanto dentro como entre las naciones.

Una nueva ola de determinismo cultural está comenzando a predominar

El desarrollo humano requiere más que salud, educación, un nivel de vida digno y libertad política. El Estado debe reconocer y acoger las identidades culturales de los pueblos y las personas deben ser libres para expresar sus identidades sin ser discriminadas en otros aspectos de sus vidas. En resumen: la libertad

cultural es un derecho humano y un importante aspecto del desarrollo humano y, por consiguiente, digno de la acción y atención del Estado.

La libertad cultural es un derecho humano y un importante aspecto del desarrollo humano y, por consiguiente, digno de la acción y atención del Estado

El desarrollo humano es el proceso por el cual se amplían las opciones de la gente para que ésta haga y sea lo que valora en la vida. *Los Informes sobre Desarrollo Humano* anteriores se han concentrado en la expansión de las oportunidades sociales, políticas y económicas que permiten ampliar estas opciones. Han explorado las formas en que las políticas de crecimiento equitativo, de expansión de las oportunidades sociales y la profundización de la democracia pueden mejorar estas opciones para toda la gente.

Sin embargo, otra dimensión del desarrollo humano, difícil de medir e incluso de definir, también reviste una importancia fundamental: la libertad cultural es clave para que las personas puedan vivir de la manera que desean. El progreso de la libertad cultural debe ser un aspecto primordial del desarrollo humano y esto requiere ir más allá de las oportunidades sociales, políticas y económicas, puesto que éstas no garantizan la libertad cultural.

La libertad cultural implica permitir a las personas la libertad de escoger sus identidades –y de llevar la vida que valoran– sin ser excluidas de otras alternativas que les son importantes (como las correspondientes a la educación, la salud o las oportunidades de empleo). En la práctica, existen dos formas de exclusión cultural. En primer lugar, está la exclusión por el modo de vida, según la cual se niega el reconocimiento y la cabida al estilo de vida escogido por un grupo en particular e insiste en que los individuos de una sociedad deben vivir exactamente como sus demás miembros. Entre los ejemplos, se incluyen la opresión religiosa o la insistencia en que los inmigrantes abandonen sus prácticas culturales y lengua materna. En segundo lugar, se encuentra la exclusión de la participación, cuando las personas son discriminadas o sufren una desventaja en cuanto a oportunidades sociales, políticas y económicas debido a su identidad cultural.

Ambos tipos de exclusión se dan en forma muy masiva a lo ancho y largo de todos los continentes, en cada nivel de desarrollo, en las democracias y los estados autoritarios. La base de datos *Minorías en Riesgo*, un proyecto de investigación que incluye problemas relacionados con la exclusión cultural y que ha examinado la situación de los grupos minoritarios a nivel mundial, estima que casi mil millones de personas pertenecen a grupos sujetos a algún tipo de exclusión por el modo de vida o de participación que no en-

frentan otros grupos en el Estado; ello equivale a alrededor de una de cada siete personas en el mundo.

Por cierto, el espectro de las formas en que se cercena la libertad cultural es amplio. En un extremo, está la limpieza étnica y luego existen las restricciones formales sobre la práctica de la religión, el uso de la lengua materna y el ejercicio de la ciudadanía. Pero con mayor frecuencia, la exclusión cultural surge de una simple falta de reconocimiento o respeto por la cultura y el patrimonio de la gente u, obviamente, de la idea de que algunas culturas son inferiores, primitivas o incivilizadas. Tal exclusión puede reflejarse en políticas estatales, como por ejemplo, la ausencia de ciertas festividades religiosas en los calendarios nacionales, la omisión o el menosprecio en los textos escolares de los líderes de las minorías de un país junto al respaldo otorgado a la literatura y otras artes que celebran los logros de la cultura dominante.

La exclusión por el modo de vida con frecuencia se superpone con la exclusión social, económica y política debido a la discriminación y desventaja en cuanto a empleo, vivienda, educación y representación política. Las castas de empleados, en Nepal, presentan una mortalidad de más del 17% en niños menores de cinco años, en comparación con aproximadamente el 7% de las castas Newar y Brahmin. En Serbia y Montenegro, el 30% de los niños romaní¹ nunca ha asistido a la escuela primaria. Los latinoamericanos de ascendencia europea con frecuencia se jactan de ignorar el color de la piel de sus connacionales e insisten en que lo mismo es válido para sus estados. Pero en todo el continente, los grupos indígenas son más pobres y tienen menos representación política que los no indígenas. Por ejemplo, se calcula que en México, el 81% del pueblo indígena percibe ingresos por debajo de la línea de pobreza, en comparación con el 18% correspondiente a la población general.

Sin embargo, la exclusión por el modo de vida y aquella de participación no siempre se superponen. Por ejemplo, las personas de ascendencia china del Sudeste Asiático son económicamente dominantes, aunque en términos culturales han sido víctimas de exclusión debido a la restricción de la cantidad de escuelas en chino, la prohibición de publicaciones en chino y, a nivel social, la presión de la que son objeto para que adopten nombres locales. Pero la exclusión por el modo de vida refuerza cada vez más la exclusión de otras oportunidades. Esto sucede en particular en el caso de la lengua. Muchos grupos, especialmente las grandes minorías –como los kurdos de Turquía y los pueblos indígenas de Guatemala– son excluidas de la participación política y las oportunidades económicas porque el Estado no otorga un reconocimiento oficial

¹ Pueblo Romaní, antiguamente denominado “gitano”, término en desuso por considerarse peyorativo (N.T.).

a su lengua en las escuelas, en los tribunales de justicia y en otros ámbitos oficiales. A esto se debe que los grupos luchan tan arduamente para que su idioma sea reconocido y utilizado en la instrucción así como en los procesos políticos y legales.

Nada de lo que aquí planteamos es utópico. No siempre es fácil implantar políticas multiculturales, y éstas podrían además requerir ciertas concesiones. Pero muchos países están logrando elaborar políticas multiculturales para abordar la exclusión cultural y propiciar las libertades culturales.

La libertad no se produce por casualidad, al igual que la salud, la educación y la igualdad de género. Fomentarla debería ser una preocupación básica de los gobiernos, incluso ante la ausencia de políticas explícitas de persecución o discriminación.

Algunos sostienen que garantizar los derechos civiles y políticos de los individuos –como la libertad de culto, de expresión y asociación– basta para permitirles la práctica de su religión, el uso de su lengua materna y liberarse de la discriminación en el empleo, la enseñanza y muchos otros tipos de exclusión. Sostienen que la exclusión cultural es un subproducto de las exclusiones económicas y políticas y que una vez que éstas sean resueltas, la exclusión cultural desaparecerá por sí sola.

Esto no ha sucedido. Por ejemplo, muchos países ricos y democráticos declaran tratar a todos los ciudadanos de la misma forma, aunque albergan a minorías que carecen de una representación política adecuada y sufren una carga diaria de hostilidad y dificultad para acceder a los servicios públicos.

Para expandir las libertades culturales, se requieren políticas explícitas que aborden las negaciones de la libertad cultural, vale decir, políticas multiculturales. Para hacerlo, los estados deben reconocer las diferencias culturales en sus constituciones, leyes e instituciones. Además necesitan formular políticas que garanticen que los grupos mayoritarios o dominantes no ignorarán ni anularán los intereses de grupos específicos, sean éstos minorías o bien mayorías históricamente marginadas. Y deben hacerlo de manera que no contradigan los objetivos y estrategias del desarrollo humano, como la consolidación de la democracia, la creación de un Estado capaz y la garantía de la igualdad de oportunidades para todos los ciudadanos. Esto no es fácil, pero existen muchos ejemplos de países en el mundo entero que han adoptado enfoques innovadores para manejar la diversidad

cultural. Este Informe se centra especialmente en cinco áreas fundamentales en materia de políticas públicas: la participación política, la religión, el acceso a la justicia, la lengua y el acceso a oportunidades socioeconómicas.

Políticas para garantizar la participación política

Muchos grupos históricamente marginados aún están excluidos del verdadero poder político y con bastante frecuencia se sienten alejados del Estado. En algunos casos, la exclusión se debe a una falta de democracia o a la negación de los derechos políticos. De ser éste el caso, la democratización sería un primer paso esencial. Sin embargo, se requiere algo más, porque aun cuando en una democracia los miembros de las minorías cuentan con los mismos derechos políticos que los demás, es posible que estén constantemente subrepresentados o pierdan las votaciones y, en consecuencia, perciban al gobierno central como ajeno y opresor. No es de sorprender, entonces, que muchas minorías se resistan a los regímenes ajenos u opresores e intenten obtener más poder político. Por ello, una concepción “multicultural” de la democracia suele ser imprescindible.

Existen varios modelos emergentes de democracia multicultural que ofrecen mecanismos eficaces para que grupos culturalmente diversos compartan el poder. Estos tipos de disposiciones para compartir el poder son decisivos para garantizar los derechos de los distintos grupos culturales y minorías y evitar las violaciones debidas ya sea a la imposición de la mayoría o al predominio de la elite política gobernante.

La subrepresentación crónica de los maoríes de Nueva Zelandia fue abordada por medio de reformas electorales. Con la introducción de la representación proporcional en lugar de la fórmula “el ganador se lleva todo”, la representación maorí se elevó del 3% en 1993 al 16% en las elecciones de 2002, lo que coincide con su proporción en la población total. Igualmente, el establecimiento de escaños reservados y cuotas ha sido decisivo para garantizar la participación de las tribus con disposiciones legislativas especiales en la India y la representación de las minorías étnicas en el parlamento croata.

Los acuerdos federales también son un importante enfoque para compartir el poder. La mayoría de los doce de países con diversidad étnica y una larga historia democrática cuenta con acuerdos federales asimétricos en los cuales no todas las subunidades del estado federal poseen los mismos poderes. Este acuerdo responde con mayor flexibilidad a las necesidades de los diferentes grupos. Por ejemplo, en Malasia los territorios de Sabah y Sarawak tienen un estatus especial, al igual que los vascos y 14 otras comunidades

Existen varios modelos emergentes de democracia multicultural que ofrecen mecanismos eficaces para que grupos culturalmente diversos compartan el poder

*Los acuerdos para
compartir el poder en
general han resultado
fundamentales para
resolver las tensiones*

autónomas de España, con autonomía en áreas como la educación, la lengua y la cultura.

Algunos pueblos indígenas, como los inuit de Canadá también han negociado la obtención de territorios con gobierno autónomo. La lección es que tales acuerdos para compartir el poder en general han resultado fundamentales para resolver las tensiones en países enfrentados históricamente a movimientos separatistas, como España. Si se implementan con la suficiente anticipación, cuando aumentan las tensiones, pueden prevenir los conflictos violentos.

Políticas para garantizar la libertad religiosa

Muchas minorías religiosas sufren de diversas formas de exclusión, a veces, debido a la eliminación explícita de la libertad de culto o a la discriminación contra ese grupo en particular: un problema especialmente común en los países no seculares, en los cuales el Estado defiende una religión establecida.

Pero en otros casos, la exclusión podría ser menos directa y a menudo no intencional, como cuando el calendario oficial no reconoce la festividad religiosa de una minoría. La India no sólo celebra oficialmente 5 festividades hindúes, sino también 4 musulmanas, 2 cristianas, 1 budista, 1 jainista y 1 sij, en reconocimiento de la diversidad de la población. Francia celebra 11 festividades nacionales, de las cuales 5 no son religiosas, y de las 6 festividades religiosas, todas celebran hitos del calendario cristiano, aunque el 7% de la población es musulmana y el 1%, judía. De manera similar, los códigos de vestuario en las instituciones públicas podrían entrar en conflicto con el atuendo religioso de una minoría. O las normas del Estado acerca del matrimonio y la herencia podrían diferir de las de los códigos religiosos. O bien los reglamentos de urbanización podría contravenir las prácticas funerarias de una minoría.

Estos tipos de conflictos pueden surgir incluso en estados seculares con fuertes instituciones democráticas que protegen los derechos civiles y políticos. Dada la profunda importancia de la religión para las identidades de los pueblos, no es sorprendente que a menudo las minorías religiosas se movilicen para protestar contra estas exclusiones. Algunas prácticas religiosas no son difíciles de acoger, pero con frecuencia plantean elecciones y concesiones complejas. Francia está lidiando con el dilema de si el uso del velo en las escuelas públicas viola o no los principios de secularismo y de los valores democráticos de igualdad de género que la educación estatal intenta impartir. Nigeria enfrenta dificultades con respecto a si debe mantener la sentencia de un tribunal de la Sharia en un caso de adulterio.

Lo importante desde el punto de vista del desa-

rollo humano es ampliar las libertades de las personas y los derechos humanos así como reconocer la igualdad. Es probable que los estados seculares y democráticos logren estos objetivos allí donde el Estado da una cabida razonable a las prácticas religiosas, donde todas las religiones tienen la misma relación con el Estado y allí donde éste protege los derechos humanos.

Políticas para el pluralismo legal

En muchas sociedades multiculturales los indígenas y las personas que pertenecen a otros grupos culturales han presionado para obtener el reconocimiento de sus sistemas legales tradicionales y acceder así a la justicia. Por ejemplo, los mayas en Guatemala sufrieron siglos de opresión y el sistema legal del Estado se convirtió en parte de ella. Las comunidades perdieron la confianza en el sistema del estado de derecho porque no garantizaba la justicia ni estaba integrado a la sociedad ni a sus valores.

Varios países, como Guatemala, la India y Sudáfrica están diseñando enfoques para abordar el pluralismo legal, reconociendo de diversas maneras el papel de las normas e instituciones judiciales de las comunidades. Las demandas por pluralismo legal enfrentan la oposición de aquellos que temen la debilitación del principio de un sistema legal unificado o la adopción de prácticas tradicionales contrarias a la democracia y a los derechos humanos. Lo cierto es que los conflictos están ahí: por ejemplo, Sudáfrica está lidiando con el conflicto entre el derecho de las mujeres a una herencia en virtud de la constitución del Estado y la negación de esta prerrogativa según el derecho consuetudinario. En este ámbito, la sociedades deben enfrentar disyuntivas verdaderamente complejas pero el pluralismo legal no exige la adopción sistemática de todas las prácticas tradicionales. La cultura evoluciona y la libertad cultural no es una defensa maquinal ni irreflexiva de la tradición.

Políticas en torno a la lengua

El uso de la lengua nativa suele ser el tema más impugnado en los estados multiculturales. Algunos países han tratado de eliminar las lenguas de los pueblos, calificando su uso de subversivo. Pero la fuente más frecuente de exclusión generalizada incluso en democracias bien establecidas es la política monolingüe. La elección de la lengua oficial –aquella utilizada en la escolarización, en los debates legislativos y la participación cívica, y en el comercio– establece los obstáculos y ventajas que enfrentarían los individuos en la vida política, social, económica y cultural. En Malawi, la constitución exige que todos los parlamentarios ha-

blen y lean en inglés. El inglés y el afrikaans aún son las lenguas de facto utilizadas en los tribunales de Sudáfrica, aunque ahora se han reconocido oficialmente otros nueve idiomas. Reconocer una lengua implica más que su mera utilización. Simboliza el respeto por las personas que la hablan, su cultura y su inclusión total en la sociedad.

El Estado puede mostrarse ciego ante la religión, pero no puede quedarse mudo ante la lengua. Para experimentar una sensación de pertenencia, los ciudadanos necesitan comunicarse y la elección de una lengua oficial simboliza la identidad nacional. Por esto, muchos estados se resisten a reconocer múltiples lenguas aun cuando defiendan las libertades civiles y políticas.

Muchos países están encontrando formas de compatibilizar los objetivos de unidad y diversidad adoptando dos o tres lenguas, reconociendo una lengua nacional de unificación, al igual que varias locales. En muchos países colonizados, esto ha significado reconocer la lengua de gobierno (como inglés o francés), aquella nacional de uso más generalizado y una lengua materna en niveles locales. Tanzania ha promovido el uso del kiswahili junto con el inglés tanto en las escuelas como en el gobierno. Por décadas, la India ha practicado la “fórmula de las tres lenguas”, a los niños se les enseña en la lengua oficial de su estado (por ejemplo, en bengalí en Bengala Occidental) y también se les enseñan las dos lenguas oficiales del país, el hindi y el inglés.

Políticas socioeconómicas

Las injusticias y desigualdades socioeconómicas en los resultados en materia de ingreso, educación y salud constituyen las características determinantes de muchas sociedades multiétnicas con grupos marginales: los negros en Sudáfrica y los pueblos indígenas de Guatemala y Canadá. Estas exclusiones reflejan las antiguas raíces históricas de conquista y colonización, al igual que arraigadas estructuras jerárquicas, como los sistemas de castas.

Las políticas económicas y sociales que promueven la equidad son clave para abordar estas desigualdades. Corregir los sesgos en el gasto público al igual que dirigir los servicios básicos a las personas con índices inferiores en salud y educación podría ser útil, pero no suficiente. Se necesitan políticas multiculturales que reconozcan las diferencias que existen entre los grupos para abordar aquellas injusticias históricamente arraigadas y afianzadas en el aspecto social. Por ejemplo, simplemente gastar más en educación para los niños de los grupos indígenas no sería suficiente, puesto que seguirán siendo desfavorecidos si todas las escuelas enseñan sólo en la

lengua oficial. Aquí, la educación bilingüe podría ser de utilidad. Las demandas por tierra, tales como las demandas de pueblos indígenas por tierras con recursos minerales o por la tierra poblada por los colonizadores blancos en el sur de África, no se pueden resolver con políticas que extienden las oportunidades socioeconómicas.

La experiencia de la India, Malasia, Sudáfrica y Estados Unidos demuestra que las medidas de discriminación positiva pueden reducir las desigualdades entre los grupos. En Malasia la relación del ingreso promedio entre las poblaciones china y malaya disminuyó de 2,3 en 1970 a 1,7 en 1990. En Estados Unidos, la proporción de abogados negros aumentó del 1,2% al 5,1% del total, y la proporción de médicos negros, del 1,2% al 5,6%. En la India, la distribución de los empleos gubernamentales, el ingreso a la educación superior y a los escaños legislativos para las castas y tribus beneficiadas por disposiciones legales especiales ha permitido a los miembros de estos grupos salir de la pobreza e ingresar a la clase media.

Ninguna de estas políticas carece de complejidades, pero la experiencia de muchos países indica que las soluciones son posibles. Se puede cuestionar la educación bilingüe por ser ineficaz, pero ello se debe al escaso apoyo que recibe para garantizar su calidad. Asimismo, los programas de discriminación positiva podrían refutarse por crear fuentes permanentes de desigualdad o por transformarse en una fuente de tráfico de influencias, pero su gestión es mejorable. Estas medidas son formas de responder a las demandas de inclusión cultural. Y también es necesario reconocer que en el mundo actual, ha aumentado la cantidad de movimientos en pro de la dominación cultural que buscan eliminar la diversidad.

Los movimientos en pro de la dominación cultural amenazan la libertad cultural. Combatirlos con medidas ilegales y antidemocráticas viola los derechos humanos y no elimina el problema. Darles cabida de manera democrática es un modo más eficaz de exponer las agendas intolerantes de tales movimientos y socavar su atractivo.

Las personas que dirigen los movimientos por la dominación cultural creen en su propia superioridad cultural y tratan de imponer su ideología sobre otras, tanto dentro como fuera de su comunidad. No todos esos movimientos son violentos. Algunos coaccionan a otros mediante campañas políticas, amenazas y hostilidad. Los más extremistas también utilizan

Se necesitan políticas multiculturales que reconozcan las diferencias que existen entre los grupos para abordar aquellas injusticias históricamente arraigadas y afianzadas en el aspecto social

El mantenimiento de una sociedad liberal depende del respeto por el estado de derecho, de la atención que se le presta a las demandas políticas y la protección de los derechos humanos fundamentales, incluso los de aquellos considerados despreciables

medios violentos como ataques motivados por el odio, expulsiones, limpiezas étnicas y genocidio. Como fuerza política, la intolerancia amenaza con sobrepasar los procesos políticos en países del mundo entero. Los movimientos por la dominación cultural adoptan diferentes formas: partidos políticos, milicias, grupos violentos, redes internacionales e incluso la del Estado. Es ingenuo presumir que las sociedades democráticas son inmunes a la intolerancia y el odio.

Con frecuencia las causas subyacentes de la aparición de movimientos por la dominación cultural incluyen la existencia de dirigentes manipuladores, pobreza y desigualdad, estados débiles e ineficaces, intervenciones políticas externas y vínculos con la diáspora. Estos factores también pueden inspirar movimientos nacionalistas, como aquellos que propician la autonomía o la separación. Pero los movimientos por la autonomía nacional no son lo mismo que los movimientos por la dominación cultural. Por una parte, estos últimos tienden a surgir del grupo mayoritario que ya controla el Estado, como los partidos de extrema derecha en muchos países europeos. En cambio, muchos movimientos de autonomía nacional pueden ser bastante liberales puesto que reconocen la importancia de dar cabida a la diversidad dentro de un territorio autónomo y sólo buscan el mismo respeto y reconocimiento que otras naciones. Lo que distingue a los movimientos por la dominación cultural es la afirmación de su superioridad cultural, por una parte, y su intolerancia, por otra. El blanco de su ataque es la libertad y la diversidad.

La pregunta es ¿cómo lidiar con ellos? A menudo los estados han tratado de enfrentarse a estos movimientos con métodos represivos y antidemocráticos: proscripción de los partidos, detenciones extrajudiciales y juicios, legislación que viola los derechos fundamentales e incluso la fuerza y la tortura indiscriminadas. Con frecuencia estas medidas suprimen los procesos y las demandas políticas legítimas, lo que desencadena reacciones mucho más extremas. Cuando en 1991, el Frente Islámico de Salvación (FIS) ganó la primera vuelta de las elecciones en Argelia, los militares intervinieron y proscribieron el partido. El resultado: una guerra civil que costó más de 100.000 vidas e impulsó el desarrollo de grupos intolerantes y violentos.

Contrariamente a tal fracaso, el cambio hacia la democracia es una alternativa que da resultados. Permitir que los partidos de extrema derecha compitan en las elecciones puede también obligarlos a moderar sus posiciones, como en el caso del Partido de la Libertad (FPÖ) de Austria y el Partido de Justicia y Desarrollo de Marruecos. La competencia electoral expone otros atractivos de los demás grupos (el Par-

tido del Progreso de Dinamarca). Además, la acogida democrática proporciona a los estados la legitimidad para perseguir los crímenes motivados por el odio, reformar los planes de estudios de las escuelas religiosas (Indonesia y Malasia) y experimentar con iniciativas comunitarias para el mejoramiento de las relaciones (Mozambique y Rwanda).

El mantenimiento de una sociedad liberal depende del respeto por el estado de derecho, de la atención que se le presta a las demandas políticas y la protección de los derechos humanos fundamentales, incluso los de aquellos considerados despreciables. La intolerancia constituye un verdadero desafío para la libertad cultural; por ello, el medio para enfrentarla debe ser legítimo.

La globalización puede amenazar las identidades nacionales y locales. La solución no es regresar al conservatismo ni al nacionalismo aislacionista, sino diseñar políticas multiculturales que promuevan la diversidad y el pluralismo.

Hasta ahora la atención se ha centrado en la forma en que los estados deben manejar la diversidad dentro de sus fronteras. Pero en una era de globalización, los estados también enfrentan desafíos fuera de sus fronteras, producto de movimientos internacionales de ideas, capital, bienes y personas.

En esta época de globalización, ampliar la libertad cultural implica nuevos desafíos y dilemas. Los contactos entre la gente, sus valores, ideas y formas de vida se han multiplicado y profundizado de modos sin precedentes. Para muchos, esta nueva diversidad es emocionante, incluso habilitadora. Para otros, es inquietante e inhabilitadora. Muchos temen que la globalización signifique la pérdida de sus valores y formas de vida: una amenaza para la identidad local y nacional. Una reacción extrema es cerrarse a las influencias extranjeras, un enfoque que no sólo es xenófobo y conservador, sino también, regresivo, puesto que reduce en lugar de ampliar las libertades y las opciones.

Este Informe respalda un enfoque alternativo que respeta y promueve la diversidad manteniendo, al mismo tiempo, la apertura de los países a los flujos de capital, bienes y personas. Esto exige políticas que reflejen el objetivo de la libertad cultural, vale decir, que reconozcan y respeten explícitamente la diferencia cultural y a la vez aborden los desequilibrios en el poder económico y político que originan la pérdida de las culturas e identidades.

Estas alternativas se están diseñando y debatiendo en tres áreas extremadamente polémicas:

- Las protestas de los pueblos indígenas contra las

inversiones en sectores extractivos y la malversación del conocimiento tradicional, las cuales amenazan su sustento.

- La demanda de los países de que los bienes culturales (principalmente, el cine y los productos audiovisuales) no reciban el trato de cualquier otro bien del comercio internacional, puesto que las importaciones de los bienes culturales pueden debilitar las industrias culturales nacionales.
- La demanda de los inmigrantes de que sus formas de vida obtengan cabida en la sociedad a la que inmigran así como su demanda por respeto hacia las múltiples identidades que poseen tanto en la comunidad local como en su país de origen. Pero las comunidades locales exigen que los inmigrantes se asimilen y, de lo contrario, no se permita su ingreso al país, puesto que temen la división de sus sociedades así como el debilitamiento de los valores e identidad nacionales.

¿Cómo se pueden acoger estas demandas? ¿Cómo respetar la diversidad y abordar las asimetrías?

Los pueblos indígenas, las industrias extractivas y los conocimientos tradicionales

Las inversiones que ignoran los derechos que tienen los pueblos indígenas a la tierra y su importancia cultural así como su valor como recurso económico inevitablemente suscitarán oposición. Lo mismo sucederá con el patentamiento de los conocimientos tradicionales en las mismas condiciones. Existen tres principios clave: reconocer los derechos de los pueblos indígenas al conocimiento y la tierra, garantizar que los grupos indígenas tengan participación (mediante la obtención de su consentimiento previo e informado) y elaborar estrategias para compartir los beneficios.

Ciertas empresas y gobiernos nacionales han tomado algunas iniciativas, aunque todavía limitadas, para trabajar con las comunidades indígenas en la planificación de nuevas inversiones. En Perú, el gobierno y las empresas han aprendido las lecciones de enfrentamientos anteriores y han incorporado, desde 2001, a las comunidades indígenas en la toma de decisiones de la mina de cobre y zinc de Antamina. En Papua Nueva Guinea, las inversiones en proyectos de desarrollo comunitario acompañan las actividades extractivas. En Norteamérica y Australia, la colaboración entre compañías mineras y pueblos indígenas han significado beneficios monetarios y preservado, al mismo tiempo, los estilos de vida.

Muchos gobiernos nacionales están tomando medidas para reconocer el conocimiento tradicional. Bangladesh reconoce los derechos comunitarios a los recursos biológicos y el saber tradicional asociado. El informe sobre ejecución de proyecto de Laos docu-

menta el conocimiento en su Centro de Recursos en Medicina Tradicional. Sudáfrica ha prometido compartir con los san bosquimanos las ganancias que reporten los fármacos elaborados sobre la base de su saber. Los países ya han encontrado formas de utilizar los sistemas existentes de derechos de propiedad intelectual para proteger el conocimiento tradicional. En Kazajstán, se utilizan diseños industriales para proteger las alfombras y tocados. Las indicaciones geográficas protegen el licor y el té de Venezuela y Vietnam. En Australia y Canadá, se utilizan derechos de autor y marcas registradas para el arte tradicional.

Reconocer la diversidad significa dar cabida a las diferentes nociones de derechos de propiedad así como a la importancia cultural del conocimiento y las formas de arte en los regímenes globales. Para esto es necesaria la acción internacional. Si los estándares actuales de propiedad intelectual no pueden dar cabida al conocimiento tradicional o a sus atributos de propiedad grupal, las reglas se deberán modificar. Es preciso retirar los préstamos a países y compañías destinados a proyectos que adquieran propiedades de forma indebida o que no compensen a las comunidades.

Los bienes culturales

¿Se deben proteger los bienes culturales en el comercio internacional para salvaguardar la diversidad cultural en el mundo? ¿Las películas y las producciones audiovisuales son productos culturales? Aquí, dos son los principios clave: reconocer el papel que desempeñan los bienes culturales al nutrir la creatividad y la diversidad y reconocer la situación de desventaja en que se encuentran las pequeñas industrias fílmicas y audiovisuales en los mercados globales.

La diversidad de bienes culturales tiene su propio valor porque aumenta las opciones del consumidor y enriquece la experiencia cultural de la gente. Pero los bienes culturales también se benefician de las economías de escala. En consecuencia, los productos de los grandes productores tienden a desplazar a los productos de los pequeños productores, especialmente en los países más pobres.

¿Cómo se puede promover la diversidad? Crear barreras al comercio no es la respuesta, puesto que ello reduce las opciones. Sería más útil para la diversidad apoyar las industrias culturales, en lugar de aplicar aranceles. Argentina, Brasil y Francia han experimentado con éxito con subsidios a la producción y exoneraciones fiscales temporales para las industrias culturales, sin detener los flujos de productos culturales desde el extranjero hacia los mercados locales. Hungría destina el 6% de los ingresos de la televisión a la promoción de películas nacionales. Egipto utiliza sociedades entre

Este Informe respalda un enfoque que respeta y promueve la diversidad manteniendo, al mismo tiempo, la apertura de los países a los flujos de capital, bienes y personas

Los individuos deben liberarse de las identidades rígidas si desean formar parte de sociedades diversas y defender los valores cosmopolitas de la tolerancia y el respeto por los derechos humanos universales

el sector público y el privado para financiar la infraestructura de la producción cinematográfica.

La inmigración

¿Se deben asimilar los inmigrantes o se deben reconocer sus culturas? Los principios clave en este tema son tres: respetar la diversidad, reconocer las múltiples identidades y crear lazos comunes de pertenencia a la comunidad local. Ningún país ha progresado gracias al cierre de sus fronteras. La inmigración internacional brinda aptitudes, mano de obra e ideas, y enriquece la vida de la gente. Así como no se puede defender el tradicionalismo y las prácticas religiosas que violan los derechos humanos, la asimilación forzada no puede constituir una solución viable.

Las identidades no son excluyentes. Consideremos el siguiente testimonio de un malayo en Noruega: “A menudo me preguntan cuánto tiempo he vivido aquí; ‘20 años’, digo yo. Con frecuencia la observación que sigue es ‘¡Ah, ya es casi un noruego!’ Aquí el supuesto es que soy menos malayo, ya que lo común es considerar que la identidad es una dinámica en la que se pierde por un lado lo que se gana por el otro, como si al sumar más de una identidad le restásemos a la otra. En cierta forma se considera a la identidad como una caja cuadrada de un tamaño fijo”.

En la mayoría de las políticas que aplican los países del mundo, predominan dos enfoques frente a la inmigración: la diferenciación (los inmigrantes mantienen sus identidades, pero no se integran al resto de la sociedad) y la asimilación (sin la opción de mantener la antigua identidad). Sin embargo, se están introduciendo nuevos enfoques multiculturales que reconocen las identidades múltiples. Esto supone no sólo promover la tolerancia y la comprensión cultural, sino también dar cabida específica a las prácticas religiosas, la vestimenta y otros aspectos de la vida cotidiana. También incluye reconocer que los inmigrantes carecen de influencia y viven en la inseguridad ante la explotación y entregar apoyo a la integración, por medio de la enseñanza de la lengua del país de destino y servicios de búsqueda de empleo.

Los países están extendiendo los derechos a la participación cívica a los no ciudadanos: “denizenship”

(o condición de ciudadanía para extranjeros) (Bélgica, Suecia). Y ahora más de 30 países aceptan la doble ciudadanía. Para reducir los malentendidos y prejuicios, la Oficina del Comisionado del Senado de Berlín para la Integración y la Migración financia organizaciones de inmigrantes, utiliza campañas de información pública y ofrece asesorías legales en 12 idiomas para ayudar en los empleos y enfrentar la discriminación.

Pero estas políticas son cuestionadas. La educación bilingüe en Estados Unidos y el uso del velo en Francia son temas conflictivos. Algunos temen que desafíen algunos de los valores más fundamentales de la sociedad, como el compromiso de adoptar la cultura estadounidense o los principios franceses de secularismo e igualdad de género.

* * *

Extender las libertades culturales es un objetivo importante para el desarrollo humano, el cual necesita atención urgente en el siglo XXI. Todas las personas desean contar con la libertad de ser quienes son. Todas las personas desean contar con la libertad de expresar su identidad como miembros de un grupo que comparte compromisos y valores, sean éstos la nacionalidad, la etnia, la lengua o la religión o bien se trate de la familia, la profesión o una vocación.

La globalización está impulsando cada vez más interacciones entre los habitantes del planeta. Este mundo necesita un mayor respeto por la diversidad y un compromiso más firme con la unidad. Los individuos deben liberarse de las identidades rígidas si desean formar parte de sociedades diversas y defender los valores cosmopolitas de la tolerancia y el respeto por los derechos humanos universales. Este Informe proporciona una base para analizar la forma en que los países pueden permitir que esto suceda. Si algo nos ha enseñado la breve historia del siglo XXI es que evaluar estas interrogantes no es una alternativa viable.